



La útil ambigüedad

El esfuerzo por cambiar sustancialmente la tradicional política exterior mexicana al parecer sólo duró un par de años. El "Gobierno del cambio", como se autodenomina el actual encabezado por Vicente Fox, no soportó la presión del exterior y terminó sucumbiendo ante la realidad: Nos movemos mejor como País en la ambigüedad. Al nombrar a Jorge G. Castañeda como canciller, el presidente Fox pretendía encabezar un esfuerzo por sacar a México de esa suerte de marasmo que nos ha acompañado en las últimas siete décadas. Deberíamos ser protagonistas del nuevo orden y dejar de ser únicamente distantes espectadores del acontecer internacional.

La nueva actitud sería coherente con los grandes cambios que la elección del 2 de julio de 2000 anunciaba. En virtud de un mecanismo cuasi mágico, la llegada al gobierno de Vicente Fox nos fue vendida -y comprada por muchos- como un acto que podía borrar de golpe y porrazo la historia política mexicana. La cruda ha llegado muy rápido. Tanto, que el principal cadáver que según esa versión había quedado en el camino, siguió vivo y coleando: El PRI está ahí como primera fuerza política nacional; y además conserva el sano humor de que sus líderes reaparecen como creativos cantautores, como bien lo demuestra Beatriz Paredes. Las buenas intenciones de Castañeda se toparon con una triple pared que el Gobierno norteamericano había levantado en la frontera. El acuerdo migratorio al que tanto se le apostó se derrumbó junto con las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. El ex canciller renunció y buscó refugio en ese gran mundo sublunar que conocemos como la "sociedad civil", desde donde promete regresar para el 2006 con renovados bríos.

La "doctrina Estrada" volvió a mostrar sus bondades ante el conflicto entre Estados Unidos e Iraq: Movernos en la ambigüedad en materia de política exterior ha sido nuestro fuerte de manera probada. La "doctrina Estrada" está basada en el principio de respeto a la soberanía de los pueblos. Antepone a los intereses ese postulado. La "doctrina Castañeda" ponía el acento en los intereses, aunque tratando de transformar los principios para hacer a ambos compatibles. Se trataba de una política "realista" que nos debería llevar a actuar de acuerdo con las circunstancias y el tipo de conflictos que se abordaran. Así, de acuerdo con esta interpretación, la posición de México frente a la guerra y el voto en el Consejo de Seguridad de la ONU debería ser a favor de Estados Unidos. Eso nos convendría más como País en el futuro mediato. Sin embargo, el retorno de la "doctrina Estrada" llevó al presidente Fox a sopesar los costos de una posición probelicista: Según todas las encuestas, los mexicanos nos oponíamos decididamente a la guerra. De haber actuado al margen de una opinión pública sensibilizada, las pérdidas hubieran sido para el equipo gobernante: Aunque no hubo necesidad de votar en la ONU el Presidente aprovechó para hacerle propaganda a su posición: Los costos están por venir.

Hoy se abre otro frente de conflicto internacional y tiene su epicentro en Cuba. Nuestra relación con la isla ha sido de amor-odio: Tan ambigua como nuestra política exterior. Curiosamente los momentos más tensos de la relación diplomática fueron durante el periodo de Castañeda: Al régimen cubano no le gustó para nada el anuncio de que en adelante la relación de México sería con la República de Cuba y no con la revolución. Luego vendrían varios episodios difíciles: La invasión de nuestra Embajada, la Cumbre de Monterrey, etcétera.

Anteriormente le rendíamos pleitesía a Castro, pero en México lo denostábamos. Ensalzábamos los logros del régimen en materia de salud y educación pero lamentábamos la falta de libertades políticas. Hoy, la violación a los derechos humanos en Cuba es tan grande que hasta José Saramago ha decidido romper con el gobierno de Castro. La ejecución mediante juicio sumario de tres cubanos que secuestraron un barco para desviarlo a Miami, muestra la degradación y la barbarie de un régimen anacrónico y vetusto.

El problema para el Gobierno mexicano es que en unos días deberemos votar en Ginebra, una resolución que implica una visita de verificación sobre la situación de los derechos humanos en Cuba: Lo más lógico sería hacerlo en forma negativa; sin embargo, la lectura interna sería que nos estamos alineando de nuevo con los EU. El voto a favor del régimen cubano se plegaría al principio de no intervención en materia de política interior y una vacuna para el futuro: Mañana podríamos ser nosotros certificados en esta materia. El otro recurso sería la abstención para seguirnos moviendo en la indefinición: La útil ambigüedad de nuevo resulta una tentación para salir del atolladero.

Víctor Alejandro Espinoza Valle

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.